

El caso de la estudiante negra

En el mundo pasan cosas que desde el ángulo de visión de la lógica parecen de una incongruencia absoluta. Tal es el caso de la estudiante negra de Alabama, que, a pesar de estar abolida la esclavitud en aquel país desde el año 1865, ha sido repudiada por sus colegas de Universidad por qué tuvo la desgracia de haber nacido en raza de color.

Oficialmente las leyes estadounidenses han rehabilitado a los ciudadanos de color concediéndoles los mismos derechos que a sus compatriotas blancos. No obstante aún se registran allí de vez en cuando hechos que demuestran que la realidad no corresponde exactamente a los principios políticos que figuran en el frontispicio de aquella gran nación.

Aquí está el caso de esa joven que, a pesar de haber estado admitida en la Universidad de Tuscalosa, se ha visto obligada a dejar de asistir a las clases por los disturbios que su presencia ocasionaba entre el alumnado.

Su abogado exige la readmisión de su cliente amparándose en las leyes. Pero por lo visto los mismos directores de la Universidad no se atreven a aceptarla nuevamente por temor a que les provoque un grave problema.

No nos incumbe a nosotros desde aquí hallar razones en pro o en contra de un pleito que como éste, se encuentra a tanta distancia y que no nos afecta directamente. Pero visto desde aquí y según el principio cristiano de la fraternidad humana, que creemos indiscutible, el caso nos parece, como decíamos al empezar, de una absurdidad absoluta.

A no ser que los nacidos con la piel de color no sean hijos de Dios como los demás mortales.

Xavier

Bailes de máscaras

Antes de referirnos, dentro de los límites reducidos del artículo, a los «bailes de máscaras» que se celebraban durante el por nuestros ascendientes llamado período carnavalesco y cuyas lejanas lucernas brillan aún entre los recuerdos, desviaremos nuestro cometido exclusivamente local para, a título de curiosidad y con rápida mirada, remontarnos a su origen.

Prescindiendo de lo que significaban de sí las fiestas del Carnaval cuyo esplendor ha ido decayendo y que tienden a desaparecer casi totalmente, y el germen de las cuales fué atribuido por unos a los pueblos de Persia, Egipto o de la India por sus torpezas y obscenidades, y por los demás al pueblo griego, que con sus *bacanales* hundióse en los abismos del desenfreno y de la orgía; sin detenernos tampoco en la aureola del arte y de poesía que a aquellas confirieron los venecianos, vamos a remitirnos a unos apuntes históricos sobre Roma, aquel pueblo que sintió al parecer la necesidad de interpolar entre sus instintos guerreros y sus abyectas costumbres, unas escenas de golgorio y unas fiestas ruidosas, toda vez que, según los datos que nos legaron algunos historiadores, los bailes de máscaras deben su origen precisamente a los romanos. Estos, deseando saborear unas horas de apacible deleite, cansados ya de los «bailes serios y de ceremonia», instituyeron aquella diversión que consistía en ocultarse bajo diversidad de disfraces para dar rienda suelta al buen humor. Resulta curioso un suceso según el cual en la época de los primeros emperadores, deseando la nobleza distinguirse de la plebe, cubría el cuerpo con una especie de ancha bata de color negro, adornada de una valona y provista de un capucho, cuyo modelo, por lo descrito, corresponde exactamente al «domino» que imperó en nuestras mocedades y que siempre nos pareció el disfraz adecuado al «hombre de mundo».

Tras el curioso apunte, vamos a enclaustrarnos en esta localidad para ver lo que opinaban nuestros abuelos acerca de los célebres y sin disputa, por su esplendor, muy notables *bailes de máscaras* de sus buenos tiempos. El Carnaval, según ellos, consistía en una tregua de asueto y de algazara que servía a la humanidad de aquel entonces para *evaporar los gases concentrados en una enfermedad de un año*. En su opinión, la carreta, verdadero antagonismo de la verdad, venía a encarnar el papel de protagonista en una función intitulada «Herir, mentir y agradecer», en cuya representación se reanudaban amistades quebrantadas y se desarrollaban amorosos pensamientos a los acordes de la música. Toda la vida de aquella época, suspendía, según ellos, su curso, para entregarse a los agradables o a veces accidentados tropiezos de una danza cuyo misterioso antifaz

tenía el poder de desahogar el corazón y la mente, ahuyentando las congojas de la vida.

La sociedad, con su constante apego al orgullo, a la vanidad, a la ambición, adquiría en sus días de Carnaval una fuerza positiva en cuyo seno el hombre, burlándose de sí mismo, se transformaba en la negación de todas sus pretensiones y de su delirio de grandeza. Nuestros abuelos, como los romanos, aunque más sesudamente, se valían de aquella tregua para dar rienda suelta al buen humor, cuando no *para evaporar los gases concentrados en una enfermedad de un año*. Aquel periodo que atesoraba placeres para todas las edades y para todos los gustos y distracciones para todas las clases, se engalanaba con los bailes de máscaras, que los envolvían en vaporoso oleaje de gasas, blondas y brocados, donde centelleaban las lentejuelas, caían los rizos en espiral y los mantones de Manila de largos fleocs descubrían mórbidos senos y unos brazos de alabastro. ¡Un mar de colores el que ofrecían las mascaritas al desplegar a los aires la bandera de la ilusión y del misterio; que conocían la historia, los gustos y hasta los secretos de su insospechada pareja!

—Me conoces...?

En eso, en lo desconocido, en lo misterioso, se cifraban las ilusiones o unas esperanzas que no habían de realizarse jamás!

J. Soler Cazeaux

Reflejos

La velocidad
consejera
de la muerte

Sin que deseemos volver a los tiempos de las carretas de bueyes, somos —quizás porqué ya pasamos de los cuarenta— de los que pensamos en llegar: los hay que solo tienen idea de la salida.

Nos enteramos con horror que en Norteamérica murieron en el pasado año, noventa y dos mil personas en accidente, la mayoría de ellas en ese nuevo campo de batalla que son las carreteras. Tan solo en cincuenta años, desde el 1.900, han muerto en accidente de tránsito un millón ciento cuarenta y nueve mil cuatrocientas catorce norteamericanos, cuando en todas las guerras que ha tenido Norteamérica desde la de la independencia hasta la última han muerto un millón ciento treinta mil trescientos noventa y tres.

Claro está que en Norteamérica, el tener automóvil no es un lujo que casi solo se pueden permitir los potentados. A más automóviles más riesgo. Pero nunca un signo creciente de civilización ha de motivar ser calificado de virus mortal.

Estupendísimas carreteras, maravillosas autopistas, magníficos automóviles, todo ello encantador, pero pensemos siempre en la llegada, pues quien se olvida de ella encuentra muchas veces la muerte.